

## **Celebrando mis 30 años como profesor de la Escuela Pública en la Comandancia de la Guardia Civil.**

Me llamo José María Olayo Martínez, soy profesor de Educación Física en el IES Lázaro Carreter, de Rivas, y coincidiendo con mis 30 años de servicio en la Escuela Pública, me encuentro con que una compañera de mi instituto ha tenido a bien presentar una denuncia contra mí en la Comandancia de la Guardia Civil. Una denuncia falsa y absurda como oportunamente demostraré en el juzgado cuando sea citado.

Pero no he venido a este foro a lamentarme, sino todo lo contrario. Estoy muy feliz de haber llegado hasta aquí; 30 años dando clases de Educación Física es muy divertido pero también exigente y os aseguro que ya mis huesos y musculatura empiezan a quejarse y mis facultades físicas han mermado tanto que no recuerdo tan siquiera si alguna vez las tuve....

Haber sido denunciado por la persona que lo ha hecho y en los términos en que se ha realizado, me indica que voy por el buen camino, me hace sentir orgulloso y me anima muchísimo para seguir en la brecha, luchando como siempre lo he hecho: desafiando la rutina y a los rutinarios, rompiendo la inercia, dando la vuelta a las dudas, intentando ser un rebelde constructivo, un idealista pegado a la realidad. Todavía puedo mirar a los ojos a todas mis alumnas y alumnos y no sentir vergüenza o culpa. Todo lo contrario, sus ojos y, más aún, su mirada son y han sido siempre para mí unos fieles indicadores y faros de mi trayectoria como docente.

Cumplo 30 años al pie del cañón, dando clase a los hijos e hijas de alumnas que tuve en el IES Moratalaz hace ya...; y si se cumple lo previsto por el gobierno de retrasar la jubilación a los 65 o más años, llegaré a dar clase a sus nietos, siempre y cuando la salud me lo permita, que a este ritmo tengo mis dudas....

Han sido 30 años apasionantes. He perdido en el camino a muy buenos compañeros y alumnos que vivieron de pie y con entereza y eso me ha hecho plantearme cada curso como si fuera el último. He pasado por todos los cargos directivos, por el Ministerio como asesor técnico, he participado en decenas de comisiones de valoración de personas, de candidatos a funcionario, de responsables de centros de formación del profesorado, de materiales y mobiliario docente; he colaborado en la redacción de la FP actual y ahora estoy en el INCUAL redactando las futuras cualificaciones profesionales. Os aseguro que no he parado.

No me considero el mejor profesor de mi centro, nunca he aspirado a ello, pero sí de los que más necesita aprender cada día cosas nuevas;

eso es lo más apasionante de ser profesor: enseñar, sí, pero, sobre todo, APRENDER. Y eso es lo que llevo haciendo los últimos 30 años. Aprender a escuchar, a ser parte del grupo y de la multitud; imbuirme del espíritu de la manada, como dice Punset; extraer de cada alumna y alumno lo mejor de sí, motivarlos, interesarlos por la actividad física y el deporte, que lo lleguen a integrar en sus vidas como una condición *sine quoniam* para su bienestar personal.

Con los alumnos he aprendido que compartir crea valor, a descubrir la importancia de la espontaneidad, a anteponer el compromiso al deseo, a desechar la irresponsabilidad aunque dé menos trabajo, la geometría de un esfuerzo, la energía de un "sé que puedo", la textura de un agradecimiento sincero, la dureza de un fracaso, a liberarme de la tiranía del quizás, a no darme nunca por vencido ni creído, a practicar una pedagogía de cercanía para conocer de primera mano las necesidades y pulsiones de mis alumnos y explorar cada día otras formas de hacer y decir....

He sido denunciado y no pienso pedir perdón ni permiso para ser como soy; el miedo y el rencor los conozco sólo de vista; lejos de entristecerme o deprimirme, me confirma que todavía soy capaz de rebelarme contra un sistema educativo apático, desfasado, alejado de las nuevas exigencias y necesidades de los más importantes moradores de las escuelas: los alumnos. Pertenezco a un claustro de profesores magníficos la mayoría de ellos, de los que da gusto aprender nuevas cosas cada día. Pero me niego a formar parte del corporativismo casposo y trasnochado que todavía algunos profesores y profesoras exhiben con el mismo esplendor con que los pavos reales despliegan su maravilloso plumaje; un modo de hacer pedagogía anticuado, el no-hacer para no innovar, un no cambiar nada porque nada hay que cambiar, que justifican su alto nivel de suspensos con el obsoleto discurso de que tienen un alto nivel de exigencia, que convierten su aula en un espacio triste y carente de cualquier tipo de motivación para sus alumnos. No sé si saben enseñar, pero sí sé que sus alumnos no aprenden, no se implican ni se motivan.

30 años después de aquella primera clase de Educación Física en la que sentí en todo mi cuerpo temblar la alegría, sigo teniendo sueños. Abandonar un sueño es morir despacio, por eso los he mantenido siempre despiertos y muy activos. Gracias a ellos he podido hacer frente estos años a los manojos de promesas que han ido caducando en forma de fracaso o, en algunos casos, con suerte, transformándose en bonitos recuerdos que, desgraciadamente, acabaron en nada. Nunca he podido entender que alguien pueda dedicarse a esta profesión sin pasión.

Siempre he soñado con una escuela viva, dinámica y eficaz, que se mueve por valores, innova constantemente para dar respuesta a las inquietudes y necesidades de nuestros nuevos alumnos nativos digitales; incorpora la solidaridad multicultural como elemento de desarrollo personal; satisface en ellos su son más exquisito: crecer compartiendo; hogar y, a la vez, hoguera acogedora, un espacio para el encuentro, el afecto y el aprendizaje cooperativo, donde poder construir entre todos el conocimiento y la inteligencia colectiva; capaz, en fin, de adaptarse a lo inesperado con rapidez y eficacia y gestionar la incertidumbre con determinación y transparencia.

30 años dando lo mejor de mí para acabar siendo denunciado en el cuartelillo de la Guardia Civil no me parece justo; 30 años equivocándome, sí, lo reconozco, pero sabiendo que cada vez que me equivocaba no era por ser imbécil o ignorante, sino porque cada vez lo era un poco menos. Equivocarme siempre ha sido una gran oportunidad de aprender, y pienso seguir equivocándome hasta el día anterior al de mi jubilación. Siempre he sido un atrevido y las dificultades son para mí un reto. Eso me lo han enseñado hasta la saciedad mis amigos y alumnos con discapacidad de los que he aprendido que las barreras y los obstáculos no son impedimentos sino inmejorables oportunidades para crecer en la vida como persona. No es la dificultad lo que impide atreverse, sino que, al no atreverse, sobreviene la dificultad, decía Séneca en una de sus Epístolas.

30 años descubriendo que las cosas más pequeñas son las más grandes, que no llegaba antes por ir más deprisa sino sabiendo dónde quería ir, que las nuevas tecnologías si no se aplican de forma adecuada, te acercan a las personas más lejanas y te alejan de las más cercanas, que para enseñar a un alumno tienes que aprender no a enseñar sólo, sino a aprender el modo y las condiciones en las que mejor aprende. Aprender y enseñar deben ser las dos caras de la misma moneda y esa moneda adquiere más valor si la comparten profesor y alumno en una misma dirección.

30 años después me citarán en el Juzgado. Un foro desconocido y nada habitual para mí, pero donde defenderé lo que siempre he defendido: la honestidad y profesionalidad de un profesor se presuponen, sin duda, pero hay que demostrarlas cada día y en cada clase. La verdad es un territorio fronterizo y en mi instituto existen varias verdades. Los profesores excesivamente corporativistas tienen su verdad, pero no es la mía; tienen sus propias metodologías, pero no las comparto ni asumo; defienden unos intereses muy lejanos a los míos; llegados a su zona de confort, se acabó todo intento de mejora y cambio; utilizan el suspenso como arma arrojada en vez de como oportunidad para plantearse otras formas de enseñar y otras condiciones para aprender; incapaces de cambiar la música en sus

clases aun cuando observan que sus alumnos han dejado de bailar, como apuntaba un magnífico profesor de mi centro.

La denuncia presentada supone un fracaso más que nada del sistema, un choque entre dos concepciones de la forma de ver y asumir la enseñanza y el aprendizaje del alumnado. Más allá de lo personal, exige una reflexión profunda sobre lo que hacemos y decimos a nuestro alumnado; sobre cómo gestionamos como docentes y equipo directivo sus problemas y denuncias. Una queja de un alumno nunca puede ser estéril, ni ocultada y, muchos menos, juzgada desde el resentimiento y la arrogancia; de ello depende, en gran parte, nuestra verdadera credibilidad y transparencia como institución de enseñanza ante ellos y sus padres. Nunca aceptaré, por indigno, que los alumnos tengan que acudir a una academia privada en Rivas para aprender ciertos contenidos que no han podido aprender en sus aulas del instituto.

Tenemos que afrontar esta denuncia contra mi persona en la Guardia Civil como una buena oportunidad para afrontar retos pendientes, coordinar esfuerzos y metodologías, hablar más de pedagogía, crear mejores espacios y tiempos para el encuentro y colaboración con las madres y los padres de alumnos; crear, en definitiva, una cultura de centro en la que sea posible extraer lo mejor de cada cual y, además, disfrutar de ello, sintiéndonos todos orgullosos y satisfechos. Los profesores tenemos mucho trecho que recorrer para mejorar nuestras prestaciones como docentes, pero también las alumnas y alumnos y sus padres tenéis mucho que decir y aportar. Os animo a que participéis y manifestéis vuestras ideas y propuestas de forma más activa y decidida, que defendáis vuestros derechos y utilicéis la fuerza de vuestra unión para lograr un instituto en el que todos nos sintamos de verdad protagonistas.

En mi 30º aniversario como docente, levanto mi copa (de sidra sin alcohol, por supuesto) con todos vosotros, mis alumnos, para celebrar todo lo vivido. Así como el botijo habla del alfarero, vosotros habláis de mí. Sois lo mejor del instituto, porque sois lo único que en él crece. "Hay mucho que saber y es poco el vivir, y no se vive si no se sabe" (Baltasar Gracián).

Gracias por todo lo compartido.

**Fdo: José María Olayo Martínez.**

Profesor del IES Lázaro Carreter de Rivas Vaciamadrid.